

Beatriz Mendoza Cortissoz

Un mar en calma
y otros cuentos
de amor y sexo

icono •

Me miras, de cerca me miras, cada vez más cerca y entonces jugamos al cíclope, nos miramos cada vez más de cerca y los ojos se agrandan, se acercan entre sí, se superponen y los cíclopes se miran, respirando confundidos, las bocas se encuentran y luchan tibiamente, mordiéndose los labios, apoyando apenas la lengua en los dientes, jugando en sus recintos donde el aire pesado va y viene con un perfume viejo y un silencio.

JULIO CORTÁZAR
Rayuela

Contenido

Muñones	9
<i>Lost Boy</i>	17
Mejores amigos	23
Aleyda	33
María Clara	41
Casi tú	45
Un mar en calma	55
Diario de una desilusión	69
La bolera	79

MUÑONES

LA VIO LLEGAR DEL MERCADO cargada de bolsas. Tenía puesto un vestido de florecitas negro con rosa que dejaba al descubierto sus esbeltas piernas y por primera vez en casi un año sintió en su vientre bajo el pulsar del deseo. Los ojos se le iluminaron. Atrás dejó la televisión y se acercó hacia ella para ofrecerle poner las bolsas en su regazo, en lo que quedaba de sus piernas. Así lo hicieron y Juan Esteban se deslizó en su silla motorizada hasta la cocina. Mientras ella tomaba las bolsas y las ponía en el mesón, aprovechó para deslizar su única mano bajo su falda. Margarita se quedó quieta de espaldas a él, por eso Juan Esteban no pudo ver la cara de terror que se apoderó de ella, a la vez que se preguntaba a sí misma si sería capaz...

Esa mano solitaria no tenía la fuerza de las dos, esas dos manos que agarraban sus nalgas y las apretaban fuertemente provocando en ella un desasosiego que solo calmaba con sus besos. Eran los tiempos de la adolescencia y la mitad del placer consistía en hacer todas estas maniobras a escondidas de sus padres, a plena luz del día, en el patio de la casa. Esa mano solitaria se deslizó por entre sus calzones para acariciarla con la misma destreza de antes, de aquella época de su breve luna de miel, cuando hacían el amor en medio de la selva refugiados por la sombra de un arbusto, recostados en camas de hojas, de musgo, de monte. Esa mano solitaria hoy la hacía temblar, pero no de placer, sino de miedo.

Recostó su cara contra sus nalgas, esas nalgas imponentes que no le dejaban ver su rostro, esas nalgas que él había amasado tantas veces ahora se le imponían como un

deber. Sintió una punzada de dolor en la mano inexistente. Donde antes estaban sus dedos, recordó la forma exacta de sus pezones y experimentó por primera vez en meses una erección. ¿Cómo sería capaz de complacerla? ¿Era posible acaso que su solo sexo pudiera satisfacer todos los deseos del hambre voraz que él le había conocido cuando ella tenía tan solo catorce años? Tantos años de navegar en su cuerpo como un experto y ahora con este muñón, ¿cómo podría acariciarla? ¿Cómo saciarla, cómo hacerla mujer, cómo ser hombre en esta nueva forma mutilada y dolorosa? Su ansia de poseerla era más fuerte que sus dudas, y lento, pero con firmeza, atrajo esas nalgas, hasta que las hizo sentarse sobre su sexo erecto y con la única mano atrapó su seno al vuelo, libre de sostenes y ataduras.

Margarita se dejó hacer. No quería ser una autómeta, pero no sabía qué sentir. Cerró los ojos tratando de concentrarse. La mano solitaria jugaba con su pezón, que lentamente se erigía, una pequeña torre enclavada en la duna de su seno de arena. Sus palabras soeces rompieron el silencio, igual que antes, que en aquellos tiempos de recién casada cuando él la visitaba los días que le daban libre en el batallón y llegaba con un ansia loca de comérsela y decía cosas, así como que «te voy a chupar toda, mamita», y mil palabras cada vez más y más vulgares. A ella se le aceleraba el pulso cuando la embestía contra una pared, cuando sus piernas fuertes de soldado la levantaban en vilo y sus sexos seguían entrelazados mientras pasaban del muro a la cama. Y ahora que no había piernas sino muñones resecos, ¿ahora qué?

Juan Esteban sintió su frialdad y se detuvo. Quiso huir, pero no supo cómo, aprisionado aún bajo el peso de sus contundentes nalgas. Se deshizo del seno y le pidió muy quedo que se levantara. Pero ella no obedeció. En cambio,

LOST BOY

LLEGÓ CON LA FIRME determinación de serle infiel a su marido. No en vano había escogido ese vestido de escote pronunciado para ir a la oficina y el sostén realce de encaje negro, regalo de cumpleaños de su esposo. Irónicamente, otro lo iba a estrenar.

O tal vez no, y sería como las veces que lo había intentado con otros, que en el momento decisivo, justo después del primer beso, se arrepentía movida por un engranaje secreto en su cerebro, que sus padres habían plantado de niña con aquello de que el matrimonio era para toda la vida.

Tenía la coartada perfecta. Le dijo que tras el trabajo saldría a tomar un café con Mariángela, una de sus muchas amigas. Como siempre que estaba nerviosa, condujo demasiado rápido rumbo este hacia Miami Beach. Hacía cinco años que no lo visitaba, pero recordaba con exactitud dónde quedaba su apartamento: era contiguo al que había sido el suyo.

La primera vez que vio al españolete pijo le pareció demasiado atractivo. Un metro ochenta, flaco acuerpado, ojos aceitunados y piel mora, qué más se podía pedir. Hasta que la saludó y vio en su sonrisa imperfecta una posibilidad de tener algo con él.

Siempre había sospechado de los hombres bellos. Había en ellos una actitud que no toleraba. En cambio él, sintiéndose un poco inseguro, compensaba la falta de ortodoncia con un desparpajo sin igual y ganas de comerse al mundo.

Desde que se conocieron, no había parado de seducirla sin éxito. Sus lances eran tan directos que la intimidaban y

nunca sabía si estaba hablando en serio. Sin embargo, no le puso mucha atención a la cosa, pues las chicas le llovían y no tardaba en terminar con una cuando ya estaba saliendo con otra.

Ella se convirtió en su confidente, «un amigo con tetas», eran sus palabras, pues le hablaba con toda franqueza de sus conquistas e incluso salían en grupo por las noches y la usaba de carnada para atraer a otras chicas.

En una época estuvieron a punto de tener algo, una noche en la que casi se besan. Poco tiempo después, conoció a su esposo y en menos de un año ya se había marchado del edificio.

Volver al mismo lugar donde había vivido sus años de soltería la hizo sentir segura. Él la recibió con su inmensa sonrisa imperfecta que tan bien le quedaba y una botella del mejor champán. No todos los días se cumplen cuarenta y se obtiene de regalo un bombón por tanto tiempo apetecido, pensó él al poner la botella en la nevera.

Su apartamento estaba cambiado. Le pareció que una mano de mujer había puesto cierto orden a los objetos raros que su empedernido amigo *playboy* había ido recolectando en sus viajes por el mundo. Le mostró un astrolabio que consiguió en un pulguero, un mapa antiguo de España que le costó una fortuna, una extraña roca regalo de su exnovia.

Evadieron el tema de la exnovia y de su marido con precisión, y la conversación fluyó entre asuntos banales y miradas de seducción, mientras la música y el champán la relajaban y ponían freno a su excesiva sudoración.

A la segunda copa, ya se sentía más cómoda y se atrevió a quitarse los zapatos. La tercera vino acompañada de un trozo del pastel de cumpleaños de la oficina que él había

MEJORES AMIGOS

SE HABÍA ACOSTADO con su mejor amigo y le gustaba. María Luisa se refugió tras la puerta de su pequeño apartamento. Lejos del amante reflexionaba, recostada su espalda contra la madera fría, sobre los eventos del día. No sabía decir con exactitud cómo sucedió. Recordaba que observaban una película de acción. Cuando apareció la inevitable escena de cama, sintió el impulso de apoyar su cabeza en las piernas de Jorge. Él empezó a su vez a acariciar su cabello, su cuello, su espalda. Los ojos de María Luisa se clavaron en el televisor viendo sin ver los miles de puntos de la pantalla mientras toda su atención se centraba en esas caricias. Una sensación vieja y nueva empezó a tomar forma dentro de ella. Esas caricias venían como del pasado y le recordaban aquella otra época, hace ya diez años, en que era feliz, durante los primeros meses de su matrimonio con Emilio. Y al mismo tiempo todo era tan diferente. Las manos de Jorge eran tan diferentes, grandes y suaves. La asían con un ansia sabia. Nada tenían que ver con el roce casi imperceptible que Emilio producía, en una aterciopelada sensación que le hacía cosquillas. Nada tenían que ver con los otros roces torpes, los de los amantes que se había topado desde que estaba sola y soltera en esta ciudad que no era la suya.

Esas manos grandes eran de alguien que la conocía muy bien, mucho más de lo que Emilio pudo llegar a adivinar de ella. Se conocían desde los trece años. Había sido novio de su amiga Rossana, pero la amistad y el noviazgo se fueron al traste cuando se regó el chisme de que la engañaban. Jorge y María Luisa siguieron en contacto haciendo

caso omiso de las murmuraciones que los vinculaban. Al principio la visitaba para recordar las cosas que hizo con Rossana. Después las visitas se volvieron costumbre y Jorge le contaba los pormenores de sus lances amorosos o le pedía consejo sobre cómo conquistar a tal muchacha. María Luisa hacía lo mismo y durante varios años fueron testigos de su mutuo aprendizaje en las cosas del amor y también de la vida.

Cuando se graduaron del colegio, él se fue a estudiar a Bogotá y luego al exterior. Ella conoció a Emilio durante el primer año de carrera y tras un largo noviazgo se casó con toda la pompa requerida por su reducida sociedad. Luego de varios años de intentar salvar el matrimonio, se separó. vivir en Madrid, recibió sorprendida y alegre la llamada de Jorge. Estaba a pocas cuadras de allí, había sido trasladado a España por su empresa. Extranjeros en la ciudad, reanudaron la amistad con salidas a cenar y noches de copas y se rodearon del grupo de amigos latinoamericanos que fue surgiendo en torno a ellos. En los dos años que él llevaba en Madrid y los tres que tenía ella, hubo múltiples intentos de ser felices con otros y reanudaron las noches de tertulia y filosofía acerca de los temas que los apasionaban: el amor y la vida, como cuando eran adolescentes.

Se habían contado tantas cosas y pasado tanto tiempo juntos sin que nada surgiera entre los dos que ya se creían a prueba de todo. Por eso María Luisa nunca sospechó que el acto de reclinar la cabeza en sus piernas, movida por el cansancio, fuera a encender una pasión muchas veces reprimida por él. Ante el temor de perder a la única mujer que lo había acompañado por más de tres meses a lo largo de su vida, Jorge se controlaba para no besarla cuando caminaban abrazados por las calles en busca de un café donde tomar

algo caliente y encontrar refugio del frío invernal al que su crianza tropical nunca podría acostumbrarse.

María Luisa no era bonita. No era como las chicas de labios perfectos y curvas de guitarra, por lo general modelos, con las que él salía. Tampoco era fea. Su cara podría haber llegado a ser perfecta, de no ser porque sus cejas eran demasiado pobladas y su nariz tenía una pequeña deformación en el puente. Estos rasgos le daban un toque un poco salvaje, como una escultura muy bella pero inacabada. Jorge se fijaba en todas esas cosas. La había observado miles de veces. Había visto sus piernas largas cuando la visitaba y ella lo recibía en unos *shorts* muy cortos y se sentaban a conversar en el murito frente a su casa. Había visto cómo cambiaron, cómo se rellenaron en torno a las caderas despojándose de esa apariencia de palo de escoba. Era testigo de los cambios en su rostro, de cómo el tiempo imprimió líneas finas en torno a los ojos, que finalmente le quitaron esa expresión aniñada que tenía antes. La veía madura y hermosa, mucho más hermosa que a los trece o a los veinte, mucho más hermosa que el día de su matrimonio a los veintiséis, cuando fue nombrada como la novia más bonita del año por el magazín social de la ciudad.

Jorge se controlaba porque sabía que cuando llegara el momento de besarla ya no podría parar hasta dejarle los labios rojos. Sabía también que después de un par de meses todo se volvería rutina, se empezaría a sentir asfixiado, ella comenzaría a reclamar su tiempo y él no tendría más remedio que ignorar sus llamadas y portarse como un perro, como le confesó alguna vez que siempre hacía, y no le iba a importar porque necesitaría un poco de aire.